

El Cuerpo

Rev. R. J. Rushdoony

Reimpreso de la [Teología Sistemática Vol. II](#), Ross House Books, 1994, pp. 845-848.

Cuando llegamos al “asunto” de la vida después de la muerte es necesario que comencemos descartando todas las ideas paganas que prevalecen sobre este tema, siendo sintetizadas la mayoría de ellas en las doctrinas de la antigua Grecia. Los Griegos miraban al hombre como si estuviese hecho de dos sustancias o dos tipos de ser, la mente o el alma por un lado, y la materia o el cuerpo por el otro. Algunos Griegos sostenían una visión tripartita que es hoy compartida por muchos clérigos, el hombre como cuerpo, mente y espíritu. Para los Griegos el cuerpo perecía para siempre en la muerte, mientras que el alma continuaba una pálida existencia como una sombra.

La Biblia nos da una doctrina categóricamente diferente. El hombre es creado por Dios como una unidad; el hombre es un ser, [un] ser creado. Hay diferentes aspectos de ese ser; pero es una unidad, una unidad creada. La Biblia no enseña la doctrina Griega de la inmortalidad del alma, i.e., que el ser espiritual del hombre es imperecedero y sobrevive de este modo a la muerte de la materia. Al contrario, se nos dice que Dios es “el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible” (*1 Tim. 6:16*). Estrictamente hablando, inmortalidad quiere decir vida *antes* del nacimiento y *después* de la muerte, y el paganismo a menudo la entendía así. Nosotros recibimos un tipo diferente de inmortalidad como parte de la gracia y el plan de Dios, de manera que nosotros, quienes somos corruptibles, nos vestimos de incorrupción por el decreto de Dios, y nosotros, quienes somos mortales, nos vestimos de inmortalidad (*1 Cor. 15:53*). Dios, por Su gracia soberana, nos ha creado para ser vestidos de inmortalidad, pero esta no es de la variedad pagana, y Pablo habla de la inmortalidad en I Corintios 15 en términos de la resurrección del cuerpo.

Nuestro Señor nos da una visión muy elocuente sobre el tema en Mateo 22:31-32:

³¹Pero respecto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, cuando dijo:

³²Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos.

Dios es rotundamente separado, por nuestro Señor, del ámbito de la muerte o la extinción. Dios es vida, no muerte, y la muerte es separación de Dios. Debido a que el pecado separó al hombre de Dios, el pecado trajo la muerte al mundo. De este modo la esencia de la muerte es separación de Dios, quien es la esencia y el principio de la vida. Cuando Dios creó al hombre, creó al hombre “muy bueno” (*Gén. 1:31*). El hombre no fue creado como un ser en transición quien iba a dejar atrás su cuerpo y desarrollarse a sí mismo como un espíritu. Cuando se nos dice que Dios creó al hombre “un alma viviente” (*Gén. 2:7*), el significado de *alma* en el Hebreo es “una criatura que respira;” tiene una clara referencia al hombre como un ser corporal viviente. Comúnmente se le impone un significado Griego a la palabra “alma.”

Warfield, al comentar sobre Mateo 22:32, dijo:

Desde el punto de vista de la Biblia las almas separadas de sus cuerpos, aunque estén vivas, están *muertas*: están bajo el poder de la muerte. Aún están, debido a que están muertas, soportando la penalidad contra el pecado. El Dios Viviente es el Dios de los que viven, no de los muertos: él no puede haberse proclamado a sí mismo como el Dios de aquellos que sin esperanza se hallan bajo el poder de la muerte, sufriendo la penalidad del pecado. Por lo tanto, si él se proclama a sí mismo como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, esto es prueba más allá de reparos, que Abraham, Isaac y Jacob, sin importar cuán temporal pueda ser su estado, pertenecen fundamentalmente al reino de los vivos, no al reino de los muertos; y por lo tanto no pueden ser permanentemente sujetados por las cadenas de la muerte. Y el reino de los vivos es el reino donde no hay almas muertas, sino donde se encuentran almas vivientes, almas que no sufren incapacidades debido a la muerte. La muerte no puede tener un dominio permanente sobre aquellos cuyo Dios es el Dios Viviente: por la misma naturaleza del caso pertenecen al Reino de la Vida. Por tanto, deben emerger del Seol y regresar a la luz de la vida, participando el alma y el cuerpo por igual de la vida indivisible que pertenece a la naturaleza humana. Si creemos esto, y en la medida en que lo creamos, dejaremos de asombrarnos por el efecto del argumento de nuestro Señor sobre la gente: “Oyendo esto la gente, se admiraba de su doctrina.” Es la fortaleza de la religión del Antiguo Testamento... que el Dios Viviente no tiene nada en común con las sombras del Seol: que “Dios no es el Dios de muertos, sino de los vivos;” que en él se halla la fuente de la vida, y beber de ella es acceder para siempre a la plenitud de la vida.¹

El punto de Warfield es muy importante, y nos da un claro entendimiento de la Escritura. La creación no fue un escenario intermedio en la eternidad de Dios, y ni la materia ni el cuerpo físico son creados y ordenados para un lapso corto de pocos años. Ver la creación material como una mera estación de paso entre la eternidad y la eternidad es importar filosofía Griega e introducirla en la Biblia. La totalidad de la creación era “muy buena” a la vista de Dios (*Gén. 1:31*). El mal no es metafísico sino moral; no es un asunto de tiempo y materia sino de elección moral. Satanás nunca fue un ser material, pero por su elección moral cayó en el pecado y la depravación. El nacimiento y la resurrección de Jesucristo es la vindicación de la materia y su rescate junto con todos los otros aspectos de la creación. Esta vindicación y restauración se completa con la resurrección de los muertos y la regeneración de toda la creación (*Mat. 19:28*).

De este modo la vida en el cielo es un estado intermedio; la condición normativa del hombre es una existencia física sin pecado o muerte. La Biblia habla de la vida en el cielo como un “dormir” (*1 Cor. 15:51*), pero esta no es la doctrina herética del sueño del alma. Es el cuerpo el que duerme, no el hombre, quien sigue viviendo en el cielo. Para citar a Warfield nuevamente,

Todos estos, muriendo en Cristo, no mueren ¡sino que viven! Pues Cristo no es

¹ B. B. Warfield: *Escritos Cortos Seleccionados*, Vol. I (Nutley, N.J.: Presbyterian and Reformed Publishing Company, 1970). P. 346s.

Señor, más de lo que Dios es Dios, de muertos sino de los vivos. Debemos captar aquí la idea que domina todo el pensamiento Judío, inculcado como se halla, de la más constante reiteración de toda la revelación del Antiguo Testamento: que la muerte es la penalidad del pecado y que por lo tanto la restauración de la muerte, es decir, la resurrección, está implicada en la recepción en el favor de Dios.²

Así pues, está claro que el pecado, la enfermedad y la muerte no son naturales al cuerpo sino que son malformaciones y perversiones de él. Dios hizo el cuerpo para la vida; el hombre por su pecado lo ha convertido en el escenario de la muerte moral y física.

De modo que la escatología del cuerpo tiene un lugar clave en la Escritura tanto en el aspecto del punto final como en el del tiempo del fin. *Primero*, tratar al cuerpo con falta de respecto es despreciar la obra de Dios y pecar. No es un accidente que las leyes alimenticias sean parte de la escritura. El mandamiento, “No Matarás,” nos dice que se puede tratar con toda la vida solamente en términos del permiso de Dios. La vida puede ser tomada solamente en términos de la ley de Dios. Uno de los horrores del aborto es su desprecio por la vida física.

Segundo, la práctica de la medicina es un llamado sacerdotal. La palabra *salvación* proviene de una palabra Latina que significa salud. Cuando Jacob, en Génesis 49:18, dice, “Tu salvación esperé, oh Jehová,” la palabra que usa, común en el Antiguo Testamento, significa victoria, liberación y *salud*. Esto no debiese sorprendernos. Puesto que pecado significa muerte, y la enfermedad es un paso hacia la muerte, la salvación significa en parte liberación de la muerte, y por lo tanto, salud. Esto nos dice también que la búsqueda de salud aparte de Cristo es, en última instancia, algo frustrante, porque rechazarle a Él es negar la vida y afirmar la muerte. De modo que es válido un interés por la salud y un interés Cristiano necesario.

Tercero, como Pablo nos dice en I Corintios 15:35-44, los cuerpos con los que nacemos son solamente una pálida sombra del cuerpo de resurrección. La Caída y el pecado han retorcido dramáticamente nuestra existencia física y nuestro ser total. Con nuestra regeneración, comienza la restauración de nuestro ser total. Básico a esta restauración es el factor moral, y esto significa una fidelidad a la palabra-ley de Dios. Somos santificados por la ley de Dios, y esto tiene un efecto en la totalidad de nuestro ser. Isaías 65:20 nos dice que, a medida que todo el mundo llegue a estar bajo el señorío de Cristo nuestro rey, nuestra expectativa de vida es incrementada dramáticamente. Debido a que la santidad y la justicia o rectitud son vida, la vida en Cristo produce cambios en la salud y en la expectativa de vida del hombre, y en el clima (*Deut. 28:12*).

Cuarto, la plena restauración de nuestra vida física aguarda hasta el fin del mundo. Nuestra existencia física es parte de la creación de Dios del universo, y la restauración de nuestra vida perfecta corporal espera la restauración de toda la creación al final de la historia. El orden presente será fundido, quemado y transformado a su forma final y perfecta (*II Pedro 3:10-14*), en cuyo tiempo la resurrección de nuestros cuerpos también tomará lugar. En el principio Dios creó un mundo que era enteramente bueno como hábitat del hombre (*Gén.*

2 B. B. Warfield, “El Milenio y el Apocalipsis,” en *Doctrinas Bíblicas*. (Grand Rapids, MI: Baker Book House (1929) 1981). p. 652.

1:1-3). En la nueva creación, ocurre un acto similar. El mundo y toda la creación son rehechos para ser eternamente buenos, para ser la habitación de la vida, y al hombre le es dado el cuerpo de resurrección para ser un ciudadano de la nueva creación.

Despreciar el cuerpo es malinterpretar la fe. El cuerpo tiene un lugar clave en la escatología, porque Dios opera para la redención y la regeneración de toda la creación. De modo que el punto final de nuestra escatología requiere el cuidado del cuerpo como obra de Dios, como templo del Espíritu Santo, y como propiedad de Dios (*1 Cor. 6:13-20*). La ley Bíblica no trata los pecados físicos, tales como el adulterio, de manera ligera, porque no considera nuestros cuerpos de manera ligera.

En la escatología de los tiempos del fin nuestros cuerpos son ordenados para la resurrección general. De modo que preparamos un cuerpo para la vida eterna o para la condena y la muerte eterna. Pablo dice, “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ninguna manera!” (*1 Cor. 6:15*). No podemos dilucidar en esta vida el pleno significado de estas palabras, pero sí nos dicen que todo acto de nuestro cuerpo es un acto de membresía, una afirmación de fe. Dios es el Dios de los vivos, y todo acto nuestro es una afirmación de vida o de muerte.